

EL MASOQUISMO COMO FETICHE NEGRO

Alicia Higgins

Lacan resuelve el problema de la perversión con la formulación del “fetiche negro” y ha agrupado todas las perversiones (sadismo, masoquismo, travestismo, exhibicionismo y voyerismo) bajo la categoría de **Fetichismo**. Es desde allí que vamos a abordar el **masoquismo perverso**.

En su enseñanza Lacan va produciendo transformaciones conceptuales acerca de esta estructura que son complejas. En nuestra experiencia de cartel venimos haciendo el trabajo de integrarlas a partir de la lectura de los Sem IV, V, VI, X y el escrito Kant con Sade.

El sujeto perverso, como toda hablante, se confronta con la estructura y –como dijimos en la presentación anterior- no le alcanza con la metáfora paterna y con la significación fálica para resolver el trauma de su des-ser por la castración del Otro. Entonces apela al fantasma, un fantasma multicorporal, que hace entrar a un pequeño otro en juego, en una escena desplegada en la realidad y que transcurre en el tiempo.

Toda situación en que el perverso sea convocado “como sujeto”, donde se vea involucrado en algo que podría llevarlo a la división subjetiva (por un discurso, por el deseo del Otro encarnado por ejemplo en una mujer) responderá con el fantasma perverso que Lacan llama “fetiche negro”. Es una identificación de objeto y es su fantasma fundamental.

Estudiamos que para entender esta posición tenemos que tomar como eje el fenómeno de la angustia.

El esquema del “fetiche negro” que Lacan escribe presenta los elementos que se juegan en esta estructura: la ubicación del sujeto, su relación con el Otro, con el objeto, con el deseo y el goce. Y toma un lugar particular la relación del sujeto a la castración materna. El **sujeto masoquista** alcanza una identificación de objeto para dar cuerpo con su ser al falo faltante de la madre como **fetiche negro**. Más que un velamiento, se trata de un **rechazo radical** de la castración. Por lo tanto se hace demandar por un Otro sin falta que le ordena, le vocifera “déjate humillar – déjate denigrar”. En esta estructura el objeto está del lado del sujeto, y debe portar un rasgo: **el impudor**. Desde esta posición de objetualización se presenta a la víctima, por ejemplo como un cuerpo destrozado, ensangrentado, en una situación indigna, como andrajo humano, como perro ya maltratado, entregado en manos de un Dios oscuro. Animado por una **voluntad de goce** -como llama Lacan a esto que parece un deseo- con su **obscenidad** inicia un circuito: hiere y penetra la intimidad de la víctima que sufre como efecto-sujeto una división quedando en estado de angustia.

Esta cualidad que toma el objeto-a como impúdico-obsceno, tiene una función. Lacan

lo explica así: “el mismo masoquista aparece en esa **función** que llamaré la **del deyecto**, de lo que es este objeto, el nuestro, el “a” del que hablamos nosotros, en la apariencia de lo deyectado, arrojado, el perro, la basura, la bolsa de residuos.” Son las formas que puede tomar este objeto en el fantasma masoquista, como objeto imaginario. Pero con el objeto “a” como real, con ése, se encuentra la víctima que sufre la división. Esa es la función.

Toda esta estrategia revela la relación de este sujeto con el Otro porque esta maniobra le sirve para darle una consistencia infinita, absoluta. Un Otro que supone sin barrar y gozador de esa angustia del pequeño otro. Es la economía de este fantasma: su dimensión de goce.

Lo que es preciso entender es que el perverso no es un agente de este artefacto, sino un fiel esclavo del Otro. No puede hacer otra cosa, no puede detenerse y esta operatoria es inconsciente.

Pero avancemos un poco más. Lacan escribe: “El masoca, van Uds. a decirme, sabe bien que es el Otro el que goza. Pero lo que se le escapa al masoquista –y a todos los perversos- es que él cree, desde luego, que lo que busca es **el goce del Otro**. Lo que él busca es la **angustia del Otro**. Busca un sujeto, condición a la que está imposibilitado de advenir”. Esta búsqueda es lo que Lacan llama “**cálculo de sujeto**” y es la clave para entender esta estructura.

¿Por qué no puede advenir a su condición de sujeto, por qué no puede obtener ese reconocimiento: aprehenderse como el “a” que es? El perverso ya ha hecho un recorrido por la estructura, y no está dispuesto a toparse con la castración ni a integrarla. Su rechazo radical a la estructura funda su posición. No se divide, porque pone el objeto impúdico de su lado. No está como deseante, porque está unificado en el objeto. Es alguien que no se pregunta: **¿qué me quiere?** Pero –y esto es lo más importante- no tiene en la mira buscar víctimas, sino que lo que busca es **que haya un sujeto**, producirlo, un sujeto que pueda ser contado como tal. Esta división le es devuelta desde el pequeño otro, pero no puede integrarla como propia.

Una última puntualización de Lacan: “Si hay algo que sabemos ahora del perverso, es que lo que aparece desde afuera como satisfacción sin freno, es defensa, y verdaderamente puesta en juego, en ejercicio, de una ley en tanto que ella frena, que ella suspende, que ella detiene precisamente sobre ese camino del goce.”

Entonces el perverso -que no es ni gozador ni deseante- en el recorrido que hace como **fetichismo negro** puede acotar ese mismo goce que él procura en el Otro ¿Cómo? obteniendo una prima de placer: algo que quede para él, una pequeña satisfacción, sino sería un autómatas. Esto también arroja luz sobre esta estructura tan enigmática.